

## Editorial

## A la incansable labor del Maestro Amado Saúl

**... Árbol hecho de hojas de papel.  
“... Sin esperanzas de premios, ni honores”  
Amado Saúl**

El primero de enero de 2011, el Dr. Amado Saúl cumplió 80 años de vida y 55 como dermatólogo. Evidentemente, ambos hechos fueron motivo de varias celebraciones, una de ellas fue la organizada por la Dra. Olga Labastida Gómez de la Torre, quien en forma privada reunió a algunos de sus alumnos más cercanos. Fue justamente ahí donde surgió la idea de la Dra. Linda García Hidalgo, una de las dos editoras de *Dermatología Revista Mexicana*, de que quienes estábamos en esa reunión participáramos organizando un número especial que ahora se materializa.

Al maestro Amado Saúl se le puede observar y analizar bajo varias aristas y, como un caleidoscopio mexicano, todas ellas llenas de luz, color y agradable simetría. Su llegada a la dermatología tuvo lugar bajo la enseñanza de su maestro y mentor, el Dr. Fernando Latapí, de quien aprendió no sólo la especialidad, sino gran parte de la filosofía de vida que hasta la fecha sigue practicando. Inició en el año de 1956, justo cuando esta revista estaba viendo la luz con motivo del III Congreso Iberoamericano de Dermatología, y que por idea y trabajo conjunto de los doctores Fernando Latapí y Obdulia Rodríguez surgió como el órgano oficial de la Asociación Mexicana de Acción contra la Lepra, AC. Su formación como dermatólogo fue tutelar; en ella intervinieron directamente sus maestros y compañeros, y las clases se impartían entre ellos no solamente para la propia enseñanza, sino para la de los alumnos de pregrado. Esto último ha seguido siendo una característica y tradición de nuestro servicio y de otros donde todos los médicos de base y residentes siguen impartiendo las clases. No hay forma más efectiva de aprender que enseñando.

Dos años después de su arribo a la dermatología (1958), se le dio la responsabilidad de ser el editor de *Dermatología Revista Mexicana*, una responsabilidad mayúscula para alguien que apenas estaba en los albores de su carrera de dermatólogo, pero que el Maestro cumplió con creces durante casi 35 años. Fueron muchos años en trabajo directo, coordinado y afable con la brillante e incansable Dra. Yolanda Ortiz, hasta que le entregó la estafeta al Dr. Roberto Arenas en 1992. En retrospectiva, asombra este inicio,



pues tendría uno que imaginarse a un actual residente del segundo o tercer año de la especialidad encargándose de la invitación, estructuración y revisión de la revista.

Sin duda, la obligación de leer, escribir, corregir, dio al Maestro el ímpetu de continuar por el camino de las letras, y fue quizá la semilla para que años más tarde publicara sus *Lecciones de dermatología*, que a la fecha y de forma silenciosa ha tenido 15 ediciones y cuya decimosexta ya está en prensa; una obra entre las muchas más que ha escrito o en las que ha colaborado. El maestro Saúl, como todo buen maestro, es como árbol frondoso, de raíz profunda, de sombra fresca y protectora; árbol hecho de hojas de papel. Él es de esos personajes que tiene el don de escribir fácil, fluido, de forma directa, clara, y no con ese estilo oscuro y rebuscado, casi como de un barroco churrigueresco; es probable que él escriba como habla, es decir narrando, así como cuando entrecierra sus ojos para dar una fluida y amena conferencia.

Quienes hemos tenido el privilegio de estar con él sabemos que su ayuda es siempre incondicional cuando uno quiere escribir; lee rápido y sus correcciones son precisas, con el respeto del buen revisor, sin cambiar el estilo y personalidad de quien escribe.

Su producción es no solamente muy extensa, sino variada. Ha incursionado en casi todos los rincones de la piel y sus enfermedades, aunque sabemos de su filia hacia algunos temas como la lepra, las micosis, el acné, entre otros. Su producción nunca tuvo el afán de acumular publicaciones; no, lo que sin duda siempre le interesó fue dar al lector un conocimiento práctico y directo. Muchos de sus artículos aparecen en revistas de toda índole, pero no como sucede hoy, de una “casi obligación” de que la revista esté indizada, que aparezca por lo menos en el *index medicus* o sea accesible al banco automático y electrónico de *pubmed*; no, sus trabajos siempre han tenido especificidad. Hay cosas que debemos escribir en nuestras revistas

latinoamericanas, con una defensa absoluta del español, pero sin perder el sentido de que hay trabajos que tienen que ser publicados forzosamente en inglés, el cual se ha convertido en el idioma de la ciencia, en el idioma de la universalidad.

¿Cómo poder compartir con el maestro Saúl sus 80 “velitas”?, creo que lo más apreciado y casi como un sueño, sería que publicáramos 80 artículos, cifra que se observa grande e inalcanzable, pero no, yo estoy convencido de que el maestro ha tenido mucho más de 80 alumnos, y con una ecuación sencilla se podría alcanzar la cifra. No sé si este sueño se cumplirá, pero de lo que estoy seguro es que este número que dedicamos al Maestro es un buen inicio de las primeras “velitas-publicaciones”, para poder soplar fuertemente.

En la redacción del editorial de esta revista en enero de 1987, con motivo del nuevo formato y, sobre todo, al haber quedado a cargo de las dos agrupaciones dermatológicas del país, es decir, de la Academia y de la Sociedad Mexicanas de Dermatología, él escribió: “... Alguien ha dicho ‘sólo tiene importancia lo que trasciende, lo que perdura, lo que deja huella’”. Efectivamente, en esta vida paralela de nuestra revista y la del maestro Saúl, ambos han trascendido, perdurado y dejado profunda huella en la dermatología y en la formación de muchos especialistas.

Maestro Saúl, gracias por su presencia, por su conocimiento sencillo y directo, por seguir dándole al paciente su sapiencia, pero sobre todo el unguento de su afecto; gracias por seguir dando clases, pláticas y, como usted dice, si hay alumnos y mientras más pequeños sean, serán más receptivos y mejor será la siembra.

Maestro, larga vida.

**Alexandro Bonifaz**